

CAPÍTULO XII

BERTA

Diez ó doce días después de lo que queda referido en el capítulo precedente, Luciano Ponce se hallaba á eso de la una del día en un elegante gabinete, y en grata conversación con una joven y un señor de mucha edad.

El continente, la postura y hasta la expresión del semblante del futuro esposo de Modesta, ofrecían una mezcla de cumplido y de franqueza, de cordialidad y de ceremonia. Conocíase que se hallaba allí en su centro; que aquélla era la sociedad en que había nacido y se había criado; pero que estaba su pensamiento muy lejos de allí.

—Pero, hombre, ¿qué haces que no se te ve?—preguntó la joven, que era muy hermosa, con tono de cariñosa reconvención.

—Puedes figurártelo, prima mía—respondió Luciano.

—¡Qué! ¿Aún sigue tu devaneo con la bordadora?

—Sí por cierto.

—Para broma es ya bastante larga.

—No es broma, Berta, sino cosa muy formal.

—¿Tratarás de casarte con ella?

—Sin duda.

—Pero ¿y mi hermana?; ¿mi hermana, que te cuenta como á su prometido esposo?

—¿Rita? Ya sé yo que su corazón está ocupado y bien ocupado: eso es una broma tuya, y como tal me hace reír. Pero en el terreno de lo formal, te digo que me casaré con Modesta: la amo con ese amor santo, puro y fuerte, hijo del corazón, de la cabeza y de todo aquello, en fin, en que se aposentán la reflexión y el afecto.

—No quiero combatir unas ideas en que yo misma abundo—dijo la joven:—creo, y papá que está aquí lo sabe, que para casarse es lo principal tener amor á la persona á quien enlazamos nuestra suerte, y además tenerla estimación. Á todo esto, ingrato amante, aún no sabes una novedad.

—No, hasta que tú me la digas.

—Es novedad que se ve, y te la voy á presentar.

Berta iba, al decir estas palabras, á tirar de la campanilla. Pero el anciano, que estaba presente, dijo:

—Espera: yo iré á buscar *la novedad*.

—¡El señor Conde de Elvén!—anunció un ayuda de cámara, alzando la cortina al mismo tiempo que su señor iba á salir.

El joven cedió el paso al anciano saludándole con respeto, y luego penetró él en la estancia, donde habían quedado solos los dos primos.

Gonzalo se adelantó, y saludó con gracia y soltura á la joven y con cortesía á su primo.

—¿Cuándo es el buen día?—preguntó el Conde á Berta después de los primeros saludos.

—El sábado que viene—respondió ella.

—¿Ha descansado Rita?

—Creo que sí: yo no la he visto hoy por haber estado ocupada en examinar algunas piezas de mi canastilla de boda, cuya ejecución es lo más primoroso que se puede imaginar.

—Modesta la borda—dijo Luciano con tanto orgullo como hubiera podido ostentar al decir: «Han dado un trono á mi prometida».

—¡Ahl! ¿es ella la que se ha encargado de mi ropa blanca?—preguntó Berta.—Pues tiene unas manos divinas, y he de hacer que se quede con

parte de ella en memoria mía: justo es que tenga el placer de usar algo.

—Eres muy buena, Berta—dijo Luciano conmovido y alargando su mano á la joven.

—No—respondió ésta:—soy justa y nada más. Siempre me ha parecido una inhumanidad que las jóvenes que trabajan para nosotras vistan miserablemente; y cuando vivía nuestra abuelita y nos traían á Rita y á mí la ropa blanca que encargaba para nosotras, así Rita como yo regalábamos á la bordadora algunas piezas para que las usase.

—Que ella vendería en seguida—dijo el Conde.

—Eso, caballero, ya no era cuenta nuestra—respondió Berta gravemente.

—Aquí está la novedad—dijo el anciano entrando y trayendo de la mano á una preciosa joven.

—Ya no lo es—dijo Luciano:—este caballero, al preguntar *si Rita había descansado*, me ha dicho que estaba aquí.

Mientras se cruzaban estas palabras, el Conde de Elvén no separaba sus ojos de la deliciosa figura de la recién llegada.

Parecía tener diez y siete años, y jamás ha podido soñar un pintor una hermosura más delica-

da, pero al mismo tiempo más desdeñosa y altiva.

Su tez suave, blanca y pálida, era mate y brumada; dos grandes ojos grises y rasgados, guarnecidos de negra seda, se abrían bajo unas cejas suaves y delicadas, del color de las pestañas.

Sus cabellos, largos y ondeados, eran espesos y del más bello color castaño; mirados á cierta luz, tenían los brillantes reflejos del raso; y donde se reunían en apretadas trenzas, ostentaban el matiz de grandes masas de terciopelo.

Su nariz era tan perfecta como la de una estatua romana; su boca era una rosa á medio abrir. Llevaba hábito de Jesús Nazareno, es decir, morado, con largo cordón morado y amarillo.

—Vedla aquí, ataviada todavía con su hábito monjil—dijo Berta.—La hemos traído para que esté en mi boda, y para que se quede ya al lado de mi padre, á quien mi nuevo casamiento deja solo.

Rita, que aún no había pronunciado una sola palabra, alzó los ojos del suelo para volverlos á su hermana; pero en el camino tropezaron con la tenaz mirada del Conde de Elvén.

Á pesar de la altivez escrita en todas sus facciones, aquella mirada la hizo ruborizar.

—Yo tuve aquí una amiga cuando era niña—

dijo Berta, —y quisiera saber, señores, si alguno de ustedes dos, que conocen á todas las beldades de Madrid, me daba alguna razón de ella.

—¿Luego es una beldad?—preguntó Luciano.

—Debe serlo—dijo el anciano;—de niña era ya una maravilla de hermosura.

—Papá dice bien—observó la joven:—su cara era adorable. La pobrecita tenía ocho años cuando yo contaba ya catorce, de modo que ahora, que he cumplido veintidós, debe tener ella diez y seis. Me alegraría encontrarla, porque la quería mucho y me daba lástima.

—Pues ¿qué tenía?—se atrevió á preguntar Rita.

—Tenía lo más pesado de la tierra: unos padres de los que se llaman *chapados á la antigua*, que no le dejaban libertad ni para respirar; además estaban, á no dudarlo, en mala posición, porque á la niña nada le enseñaba su madre más que á coser y á hacer calceta.

—Educación casera—dijo el padre de Berta.

—Aquella pobre niña—continuó la joven—se extasiaba delante de mis juguetes; éra alegre y rosada, llena de gracia y de viveza; jamás vi criatura más bella: se llamaba Dolores, y este triste nombre, que en su edad parecía una anomalía,

no dudo que algún día le cuadrará muy bien.

—¿Dices que se llamaba Dolores?—preguntó Luciano á su prima, que se había entristecido al recordar á su amiga de la niñez.

—Sí—respondió ésta.—Dolores Herrera... ¿Pero qué le pasa á usted, Conde? Me parece que hoy se halla descolorido.

—No estoy muy bueno—respondió Gonzalo con voz mal segura.

—Yo sé dónde vive tu amiga—observó Luciano:—es vecina de Modesta, y habita en la calle del Noviciado.

—Allí ha vivido siempre—dijo el padre de Berta.

—¡Ah, yo iré á verla!—exclamó la joven con entusiasmo.—Iré con Rita, y tú nos acompañarás, Luciano.

—Con mucho gusto—respondió éste:—yo iré muy honrado con vosotras.

—¿Es posible, señora, que piense en visitar á gentes tan insignificantes, estando en vísperas de casarse?—preguntó Gonzalo, cuya palidez había aumentado, y que tenía pintada en el rostro una violenta contrariedad.

—Pues qué, ¿porque me case he de cerrar mi corazón á todo otro afecto?—repuso Berta.—Eso

sería natural en mi hermana, si estuviese próxima á casarse, pero no en mí, que ya lo he estado otra vez.

—Este caballero—dijo Luciano mirando con una intención sostenida al Conde—conoce bien á Dolores, que es, por cierto, tan hermosa como prometía de pequeña.

—¡Ah!—dijo Rita con lentitud:—¿el Conde conoce á esa Dolores?

—Vine recomendado á su padre, que era amigo del mío, por una precaución de mi madre, que temía careciese aquí de un mentor—respondió fríamente el Conde.

—Y yo tengo oído, caballero, que hay un proyecto de boda entre usted y la señorita de Herrera—repuso Luciano con acento firme.

—¡Se hacen en el mundo tantos proyectos!—respondió el Conde.

—Éste debe ser, á no dudarlo, apoyado por el consentimiento de usted—observó el futuro esposo de Modesta, que conociendo que había una venda ante los ojos de su prima Rita, quería arrancarla.

—¿Podré saber, caballero, con qué derecho se toma usted la molestia de hablar de mis proyectos, ó mejor dicho, de los de mi madre?—preguntó con altivez Gonzalo.

—Sí señor—respondió fríamente Luciano:—con el derecho que todo hombre tiene á hacer respetar la verdad y la reputación de una joven honrada.

—¿Y en qué ofendo yo la reputación de la señorita de Herrera?

—Siendo notorio para algunas personas que usted iba á casa del señor Herrera con la intención de casarse con su hija, y negando ahora esa intención, da usted á entender que ha hallado alguna causa que se lo impida.

—He hallado la causa de que no me gusta esa joven para hacerla mi esposa, á pesar de su decantada hermosura—respondió el Conde.

—¿Y no ha hallado usted ninguna otra?

—No debo ni quiero dar á usted explicaciones acerca de este particular.

El Conde, dichas estas palabras, se levantó; saludó, en general, á Berta, á su padre y á su hermana, y salió, más bien como persona que huye, que como persona que se ausenta.

—¿Por qué le has armado pendencia al Conde?—preguntó el anciano á su sobrino.

—Tío—respondió éste,—sólo le he dicho políticamente que mentía, porque lo ha hecho: amaba á Dolores, y su casamiento estaba concertado

para dentro de algunos meses. ¿Qué ha sucedido? no lo sé, aunque me lo figuro. Lo cierto es que la pobre niña está enferma moralmente hace muchos días, y que ya empieza á estarlo físicamente también. ¿Por qué no hay alguna pena para los que hieren el corazón, así como las hay para los que hieren el cuerpo?

CAPITULO XIII

SOMBRAS

Dolores no era ya la misma niña inocente y hermosa que hemos conocido.

La culpa manchaba su frente, que, aunque permanecía blanca á los ojos del mundo, no lo estaba ya á los ojos de Dios.

Una sombra tan negra como su conciencia envolvía su corazón.

No veía á Gonzalo ya. Después de su funesta cita, después de aquel primer paso en el mal, á que la había conducido la mano fatal de doña Angustias, había notado en él una frialdad creciente y progresiva.

¿Y qué tenía de extraño?

La flor estaba marchita y deshojada, y él la había arrojado con desdén.

Porque Dolores, apenas cometida su falta, se había arrepentido de ella. Al salir á la calle con doña Angustias para volver á casa de sus padres, el asombro embargó su ánimo.

El torpe amor del Conde de Elvén armonizaba

con la obscuridad de su habitación, y Dolores lo vió todo bello y esplendente, porque lo iluminaban las luces de su puro amor.

Pero, al salir á la calle, la luz del cielo le hizo ver la mancha de su conciencia, y el frío de la muerte se apoderó de su corazón.

Tembló de su culpa, más por sus padres que por sí misma, y se dijo que ya era indigna de volver á cobijarse bajo aquel techo que la había visto nacer, y que era el asilo de todas las virtudes.

La infeliz criatura pensó morir de vergüenza y de dolor al sentir sobre su frente, á su vuelta á casa, el beso paternal: aquel beso que ya no merecía.

Desde casa del Conde, la había conducido á la suya doña Angustias, según ya sabemos: desde esta última fué don Atilano quien la acompañó.

De esta suerte, aquel anciano, lleno de virtud, de mansedumbre y de honradez, fué cómplice, lo mismo que su santa hermana, en la perdición de la hija de Herrera.

—¡Qué pálida vienes!—dijo doña Amparo, con su habitual acento entre regañón y triste, al ver entrar á su hija.—¿Qué tienes? ¿qué te sucede?

—No estoy muy buena—respondió Dolores sacando fuerzas de flaqueza.

—Mejor te hubiera probado estarte cosiendo que salir á paseo—opinó doña Amparo.—¡Pero ya se ve, ese afán de salir de las niñas!... Vé á tu cuarto, desnúdate y recuéstate un rato.

Dolores obedeció con presteza, y agradeció á su madre como un beneficio el que le permitiera ir á llorar con toda libertad.

Así que se halló sola, las lágrimas saltaron de sus ojos con ímpetu desbordado. Después de llorar largo rato, sintió su corazón aligerado del peso que le oprimía: en medio de su angustia, veía la luz consoladora del amor de Gonzalo; de Gonzalo, con quien tan pronto iba á casarse.

Compuso en lo posible su semblante y rezó á los pies de la santa imagen de la Virgen que tenía en su cuarto, rogándole que no la desamparase.

Por la noche, y á la hora de costumbre, vino el Conde: sentóse al lado de Dolores, y ésta aprovechó un instante en que su madre no la miraba, para decirle en voz baja:

—Gonzalo, ¡qué desgraciada soy!

—¿Pues qué te pasa?—preguntó el joven, sinceramente admirado.

—¡Y tú me lo preguntas!—murmuró la joven dolorosamente.

—¡Está claro! ¿Ocurre algo de nuevo?

—¡Ocurre que soy muy culpable!

—¡Bah, bah! ¡Qué tontas vulgaridades!—respondió el Conde.—¿Eres culpable porque me amas? ¿No vas á ser muy pronto mi mujer?

—Sí; pero á pesar de eso—dijo Dolores con entereza,—me creo muy culpable y no reincidiré en la misma culpa.

—¡Y es ese tu amor! ¿Crees una culpa el darme una prueba de él?

—Gonzalo—respondió Dolores,—¡el hombre que tales pruebas pide, no ama!

—Niña—repuso Gonzalo,—metida en este agujero, tienes las ideas del año uno de tus padres. Ya las mujeres severas y monjiles acabaron; ahora, la más coqueta, la más despreocupada, es la más encantadora.

Estas palabras fueron muy poco inteligibles para la inocente hija de la cristiana doña Amparo. Su cabeza volvió á ser invadida muy pronto por el angustioso pensamiento que la preocupaba, y dijo al Conde en voz baja y suplicante:

—¡Gonzalo, por Dios, haz todo lo posible para que nos casemos cuanto antes!

—¡Qué prisa tienes por ser Condesa!—dijo él levantándose.

—No—respondió la joven, que apenas podía

contener sus lágrimas:—no tengo prisa por ser Condesa, sino porque pongas á salvo mi honor.

—Vuelves á las frases de melodrama—dijo Gonzalo alejándose de ella.

Dió una vuelta por la sala bostezando, y añadió en alta voz:

—Tengo jaqueca, y me voy á la cama.

Dolores le dirigió una mirada de triste asombro.

—Buenas noches, señores—dijo como si no la hubiera visto:—me retiro.

—Buenas noches—contestaron en coro los presentes.

Dolores nada dijo: una horrible luz acababa de iluminar su entendimiento; su dolor fué más fuerte que su voluntad, y dejó escapar un largo sollozo, sepultando la cabeza entre sus manos.

Su madre la miró con severidad, y el señor Cura dijo paternalmente:

—Vamos, hija mía: ¿hay desavenencia? Esas son nubes de verano que el viento deshace.

—Pero, tonta, ¿á qué es llorar así?—observó don Pedro.—Déjale, que ya se le pasará.

—Vé á acostarte—dijo secamente la severa madre, que no podía comprender las exterioridades en las jóvenes.

Dolores salió bañada en lágrimas, y pasó llorando la noche entera.

Al día siguiente no fué Gonzalo por la noche.

Dolores fué presa de mil angustias; más de veinte veces corrió á la puerta de la escalera para ver si oía el ruido de las pisadas de Gonzalo: aquel amor se había aferrado á su corazón como el musgo á la roca.

La velada pasó, y Gonzalo no vino.

Al entrar en su alcoba para acostarse, dijo doña Amparo á su esposo:

—Mañana vé á ver si está enfermo el Conde: me da pena la niña.

—Más me da á mí—repuso el anciano:—me quebranta el corazón su tristeza, porque la quiero más que tú.

—Pedro—respondió doña Amparo,—no es que la quieras más que yo: es que tu cariño por ella semeja el manantial cuyo cauce es ancho y le hace desparramarse por la campiña, perdiendo toda su fuerza y su hermosura en inútiles alardes y sin hacer ningún beneficio; el mío es el arroyo contenido por una compresa, pero que así que ésta es removida, se convierte en caudaloso y claro río que todo lo anima y fertiliza. Antes de ahora te lo he dicho muchas veces: si alguna gran

desgracia viniese sobre nuestra hija, si fuese víctima de un amor desgraciado, si fuese esposa sin ventura ó madre infeliz, no sería en ti en quien hallase consuelo y protección, sino en mí; su infortunio sería la palanca que removiese la compresa de mi severidad, que hoy creo necesaria, y mi amor por ella el río caudaloso que diese consuelo y frescura á su corazón abrasado por las tormentas de la vida. Los caracteres débiles sólo sabéis gritar é irritaros por la culpa ó la desgracia; los fuertes nos hacemos superiores, y hallamos disculpa y socorro en las fuentes de la religión.

Doña Amparo decía la verdad, porque aquella virtuosa mujer la decía siempre.

Al día siguiente fué don Pedro á ver á Gonzalo, pero le dijeron que había salido.

—Habrás sido, sin duda, para ir á casa—se dijo el buen señor; y volvió para asegurarse si era así.

—¿Ha venido el señor Conde?—preguntó á Simona, que le abrió la puerta.

—No, señor—respondió ésta.

Por la noche fué el Conde: estuvo media hora, y se marchó diciendo que iba á velar á un amigo enfermo.

Después tardó tres días en volver; y cuando lo

hizo, fué de día, y habló casi en tono de ceremonia.

Cuando se marchó, dijo doña Amparo á su hija con un acento tan suave que la joven la miró asombrada:

—Dolores, hija, no pienses más en ese hombre.

Dolores calló: comprendió por intuición que aquella suavidad de su madre, tan desacostumbrada en ella, ocultaba un consuelo, y que pues la consolaba, su desgracia debía ser muy grande.

—Me parece un necio que no te conviene— prosiguió doña Amparo:—ya ves lo informal que es. La primera vez que vuelva, le dices que se vaya con la música á otra parte, y así verá que no tienes por suprema felicidad el ser Condesa. No te faltará un buen marido, que el buen paño en el arca se vende.

—Y en el arca se pica—observó Simona, que se hallaba presente, y á la que su señora no consentía que tuviera novio.

—¡Calla tú, habladora!—dijo doña Amparo.— ¡Es feo vicio el que tienes de meter en todo tu cucharada!... Pero, hija, ¿qué te pasa? ¡Qué pálida estás!... Tus labios tiemblan... ¡Dolores, no te aflijas así, hija mía!... ¡Llora, llora! Más quiero ver tus lágrimas que no ese dolor seco y mudo.

Una sonrisa llena de violencia, hija de un supremo esfuerzo de su voluntad, apareció en el desencajado rostro de Dolores.

Ya sabía fingir, cosa que hasta entonces había ignorado, porque no hay cosa tan ignorante como la inocencia.

Doña Amparo ordenó á Simona, sin que Dolores lo oyese, que cuando viniera el Conde se le dijese que no se hallaban en casa.

Al mismo tiempo hizo que su esposo escribiese á la Condesa de Elvén, diciéndole que no aviniéndose los caracteres de los dos jóvenes, renunciaba para su hija el honor de aquel enlace, sin que por eso dejase de estar siempre á su disposición, como amigo leal que había sido de su esposo.

Estas dos precauciones no podían ser más inútiles. Gonzalo no volvió, ni se cuidó de excusarse: suponía para él muy poco aquella *pobre gente*, y se dijo que sólo para las ideas beatas y antiguas de su madre podía tener su opinión y su amistad alguna importancia y algún valor.

En cuanto á la Condesa, sintió mucho aquel rompimiento, pues creyó haber asegurado la felicidad de su hijo en la difícil senda del matrimonio.

Un mes pasó. Doña Angustias, recelosa, no iba tampoco á casa de Herrera: temía la cólera

del honrado padre, si es que llegaba á descubrirse la infame venta que había hecho de su hija. Sin embargo, en las dos ó tres veces que estuvo, recomendó eficazmente á Dolores el silencio más completo acerca de su cita con el Conde.

La salud de Dolores empezó á decaer: desapareció la fresca redondez de sus mejillas; el llanto señaló dos surcos en ellas, y sus ojos perdieron su hermoso brillo, antes tan dulce y tan alegre.

Un día se dijo:

—Voy á escribir á Gonzalo: que me diga á lo menos el motivo de su abandono; porque, ¿en qué he podido yo ofenderle? ¡Oh, Dios mío! ¿Será que ame á otra?

Esta idea la aterró.

Todavía tenía esperanzas, y un nuevo amor en el Conde era la muerte de ellas. Aún pensaba que iba á venir; aún creía escuchar á cada instante sus pasos en la escalera. Si leía su carta, vendría sin duda.

Levantóse del lecho: eran las dos de la mañana, y el sueño no había visitado aún los ojos de la joven. Ardía una lamparilla sobre la mesita de su cuarto, y se dijo que aquella débil luz bastaba para escribir su carta.

Tomó un pliego del humilde papel que ella usa-

ba, y que era blanco, liso y muy diferente, por cierto, del que usaba el Conde para dirigir convites á las cortesanas, con las que tenía tan frecuentes relaciones en su vida de calavera opulento.

Dolores empezó así, con pulso tembloroso por la fiebre y la debilidad:

«No creo que te hayas olvidado de mí, Gonzalo; te he amado mucho para eso, te amo aún, y creo que el amor verdadero tiene el privilegio de dejar en el alma del ser amado una durable huella. Pero si es así, ¿por qué no vienes á verme como antes? ¿Qué te he hecho? ¿Qué quejas tienes de mí?

«Gonzalo, te suplico que te dejes ver siquiera una vez para que me digas lo que á mí no me es dado adivinar. No te puedo explicar cuánto he llorado, porque no me creerías, y además, viéndome, te convencerás mejor de que estoy enferma de alma y cuerpo.

«Adiós, Gonzalo: no ha dejado un instante de amarte tu

DOLORS.»

Después de escribir este inocente y triste billete, la joven se recostó en su lecho; pero en vano sus ojos quisieron hallar el sueño y el descanso:

las lágrimas acudían á ellos en tropel desbordado, y corrían hasta empapar la blanca almohada en que apoyaba su fatigada cabeza.

Así que el alba empezó á asomar en el Oriente, oyó á Simona que, hacendosa y madrugadora, se ocupaba ya en las faenas de la casa. Dolores, que no se había desnudado, se levantó al instante, y salió en busca de la muchacha con la carta en la mano.

—Simona—le dijo,—me vas á hacer un favor que te estimaré toda mi vida.

—¡Jesús, señorita!—exclamó la criada, que había llamado de tú á Dolores hasta los doce años, pero que ya la trataba con respeto.—¡Cómo madrugada usted!... ¡Pero, Dios mío!; ¡qué descolorida está usted, qué ojerosa! Por fuerza que está mala.

—No estoy buena, Simona—respondió Dolores:—siento desvanecimientos á la cabeza, temblores repentinos... ¡qué sé yo! Me siento muy mal...

—¡Y no se desayuna ni duerme, con que estamos medrados!—exclamó Simona.—¡Si con el hombre mejor se debía de encender el horno! Esas son las ausencias del señor Conde. ¿Pero es que han regañado ustedes, ó qué? Ya no se le ve el pelo.

—Sí, nos hemos enfadado, Simona—dijo la joven deseando disculpar á su infiel amante:—yo le regañé..., fuí injusta con él... Mira, llévale esta carta, en la que le digo que le perdono, y verás qué pronto vuelve.

—Señorita—dijo Simona rascándose la oreja,—ya sabe usted que su madre es opuesta á cartitas, y que si lo sabe...

—¿Por qué lo ha de saber?

—Vamos, venga la carta y se la daré á Casimiro, que todos los días viene á ver á Vicenta, la hija del zapatero.

—Gracias, Simona, gracias—exclamó Dolores con efusión:—te deberé más que la vida.

Y la pobre niña abrazó, llena de gozo, á la buena y complaciente Simona.

CAPÍTULO XIV

TINIEBLAS

Algunos días después se hallaban en el despacho de don Pedro, éste, su esposa y su hija; Simona se hallaba también allí, pero casi oculta en un rincón, desde el cual contemplaba llorando una triste escena.

Dolores, desmayada, ocupaba uno de los vistosos sillones de que ya hablamos; su madre, de pie á su lado, aplicaba á la fina nariz de la enferma un pañuelo empapado en agua de colonia, y dejaba correr por sus mejillas anchas lágrimas, que caían hilo á hilo.

Don Pedro, al otro lado de Dolores, le tenía asida una mano, y su honrada y venerable fisonomía retrataba el dolor más agudo.

El doctor acababa de llegar.

—¡Dios mío! ¡la perderemos también como á todos los otros!—murmuró doña Amparo con voz desgarradora.

—Por esta vez, no, señora—dijo el médico,

que era un hombre brusco y áspero, *pozo de ciencia* para curar, según se le llamaba, pero de tan desabridas maneras, que podía asegurarse que hacía casi siempre tanto daño al alma como bien al cuerpo.—Vamos—prosiguió,—dígame usted lo que padece esta niña, qué síntomas ha notado en ella: me parece que hay aquí tanto mal moral como físico, por lo menos.

—Tal vez, caballero—dijo don Pedro:—ella tenía un novio, el primero..., á quien quería con el alma: este muchacho, no sé por qué, ha dejado de venir á casa; desde entonces mi pobre hija se puso triste, dejó de comer, y perdió el sueño y la alegría.

—¿Y después?

—Después empezó á quejarse de la cabeza, de mareos, de indisposición de estómago...

Don Pedro se detuvo, al ver que el médico fruncía el ceño.

—¿Conque dice usted que padecía de mareos y que se quejaba del estómago?

—Sí, señor—añadió doña Amparo á las explicaciones de su marido;—después empezó á padecer desvanecimientos y desmayos: en dos días le han dado tres, y, alarmados, hemos enviado á llamar á usted.

El doctor no respondió nada: se quitó lentamente sus guantes, y se acercó á la inanimada niña.

En seguida asió su mano, que estaba fría, y dijo:

—Hay fiebre hace días...; esto es sólo un espasmo nervioso ocasionado por la debilidad. Va á volver en sí; venga una cuchara de plata.

Simona corrió á buscarla.

El médico sacó del pecho una redomita y puso en ella unas gotas de su contenido, aplicándolas después á los labios de Dolores, que las tragó maquinalmente.

Un instante después abrió sus hermosos y tristes ojos negros.

—Vamos, señorita, incorpórese usted, y valor—dijo el médico con tono duro.—Está usted afligiendo á sus padres. ¿Puede usted ponerse de pie?

—Sí, señor—balbuceó Dolores; y apoyándose en los brazos del sillón, consiguió levantarse con sumo trabajo.

—¿Puede usted dar algunos pasos?

—Haré lo posible.

—Apóyese usted en el brazo de su padre.

Don Pedro, que ya había acudido al lado de

su hija, le presentó el brazo, y Dolores dió algunos pasos por la estancia.

—Basta—dijo el doctor; y mirando á Simona, añadió:

—Retírese usted.

La criada obedeció admirada.

—Caballero—dijo el médico brusca y sardónicamente,—lo que esta señorita tiene no es mal de cuidado: dentro de seis meses habrá terminado, sin duda alguna.

—¡Cómo!—exclamó doña Amparo;—¿ha de estar mi hija enferma seis meses todavía?

—Tal vez mejorará antes; pero es posible que ese malestar que siente hace tres meses, dure aún seis más.

Don Pedro abrió asombrado los ojos; un instante después, brotó de su mirada un relámpago sombrío: acercóse al médico, y le asió con violencia de un brazo.

—¿Qué ha dicho usted?—le preguntó iracundo.

—Que esta señorita está encinta de tres meses—respondió el doctor con la mayor naturalidad.

—¡Mentira...!; ¡infame mentira...!—exclamó don Pedro, cuyo rostro se cubrió de una púrpura arrebatada, y en cuya frente se hinchaban sus venas de una manera horrorosa.

Doña Amparo lanzó un gemido, y cayó desplomada en el suelo sin voz y sin color.

¡La honra inmaculada de aquella familia, conservada durante tantas generaciones, venía al suelo hecha jirones!

El doctor se sonrió compasivamente ante el insulto del pobre padre, y luego, tomando de la mano á Dolores, que permanecía pálida y muda, le dijo:

—Señorita, la verdad, porque el mal ya está hecho: ¿ha tenido usted alguna cita con su novio?

—¡Una, una sola!—baluceó la joven, á cuyos ojos secos no acudió una lágrima.

—Basta con eso—repuso el doctor:—¿podrá usted negar la evidencia de mis palabras?

—No, señor—respondió Dolores con amarga entereza.

—Nada tengo ya que hacer aquí—dijo el médico.—Vea usted, caballero, la causa del desvío de ese amante, que debe ser un infame: engañó á esta pobre niña y huyó como un cobarde. Las niñas no debían ser tan fáciles en dar citas á sus novios.

Dicho esto con tono sentencioso, el doctor se encasquetó su sombrero, y salió de la estancia, sin más cumplidos.